



LA BODA DE GERVASIO.

Comedia en un acto, arreglada del francés por D. Vicente de Lalama, para representarse en Madrid el año de 1858.

PERSONAS.

GERVASIO, arrendador.
 ROSA, doncella de una condesa.
 BARBARA, criada.

La escena representa el soportal de una granja, con vista al campo; empalizada al foro, con puerta en el centro; puerta a la izquierda en primera; en segundo hogar con fuego; puertas á la derecha en primera y segunda; á la izquierda, abajo, mesa rústica con tintero, papel, un libro de cuentas y una pipa; sillars; en la chimenea una rodilla y un aventador.

ESCENA PRIMERA.

GERVASIO escribiendo en el libro; BARBARA con una escoba en la mano.

GER. Treinta y tres... treinta y tres y sesenta...
 BAR. Señor amo?
 GER. ¡Callate!... y sesenta... son noventa y tres. (escribiendo.)
 BAR. Sí, señor amo. (sigue barriendo.)
 GER. Noventa y tres y veinte y dos duros, hacen mil trescientos reales vellón.
 BAR. (bajando.) Señor amo!
 GER. Quieres callar!
 BAR. (pasando á la izquierda.) Sí, señor amo!
 GER. Mil trescientos reales, y doce mil novecientos, hacen... hacen... hacen... catorce mil doscientos reales.
 BAR. (pasando á la derecha.) ¿No es verdad que Benito es un chico muy guapo?
 GER. (gritando.) Sí.
 BAR. Y mas robusto que vos?
 GER. (gritando.) Sí.
 BAR. Y mas robusto tambien que...
 GER. (contando.) Cuatro bueyes, ocho cerdos.
 BAR. Como!
 GER. (continuando.) Cuarenta gallinas, sin contar la casa, que vale muy bien... no... si... Vaya! bien los vale; no es verdad, Bárbara?
 BAR. (bajando á la izquierda.) Yo no lo sé; yo no sé contar mas que diez y ocho.
 GER. Anda, necia! (cierra el libro.) ¿Por qué me estas rompiendo la cabeza?

BAR. Quería preguntaros, cuánto se necesita para reunir cuatro mil reales.
 GER. Para reunir cuatro mil reales? Se necesitan... yo no lo sé... ¿y á ti, qué te importa?...
 BAR. Yo?... lo preguntaba por Pedro.
 GER. Por Pedro?
 BAR. Sí; Benito es un chico muy guapo; pero Pedro el vaquero, me dijo el otro dia, que como yo tuviera cuatro mil reales, se casaba conmigo.
 GER. Al momento?
 BAR. Ni mas ni menos; tengo yo los cuatro mil reales?
 GER. (mirando en el libro.) Te diré: tienes por un lado, nueve duros y diez reales; por otro... diez y ocho duros de san Miguel acá; esto hace quinientos cincuenta reales vellón, de los cuales hay que rebajar, tres pesetas que pagué por un collar para ti.
 BAR. Gracias, señor amo!
 GER. No hay por qué.
 BAR. Creéis que Pedro se contentará con eso?
 GER. Quién sabe! Puedes decirselo.
 BAR. Hay que gusto! Entonces voy á decirle mis ahorros á Benito, que es mucho mas guapo que Pedro... Decídme, no tengo nada mas?
 GER. Sí... tienes tambien dos gallinas y un borrico, que te he prometido para regalo de boda.
 BAR. Ya tengo un borrico! Entonces voy á buscar á Pedro! Me dais licencia? (dejando la escoba junto á la empalizada.)
 GER. Pero no tardes. (vase Bárbara.)

ESCENA II.

GERVASIO, viendo salir á Bárbara.

GER. Anda, animal sin corazón! Mujer avariciosa!... No, el hecho es que estoy hablando de ella, y á mi tambien me tienen por un avaro, un usurero, que seria capaz de hacer de un real cuatro. Bien! Y qué! y ocho, y treinta, y dos mil! y mas aun, si pudiese! Pero bien sabe Dios, que no es por mi, sino por ella, por ella solamente. La estoy aguardando, y quiero que cuando venga, encuentre pan que llevar á la boca; y há aqui por qué he trabajado durante tres años, lo mismo que un burro. Muchas veces desmayaba el corazón, pero cuando sentia que el cansancio se apo-

deraba de mí, entonces pensaba en Rosa, y el amor me prestaba fuerzas; solo por ella vivo, y no le pido á Dios otra cosa, sino que la haga feliz.

ESCENA III.

GERVASIO Y BARBARA, *que viene corriendo.*

BAR. Señor amo! Señor amo! Caramba lo que acabo de saber! La señorita Rosa...

GER. Qué?...

BAR. La señorita Rosa, de la cual estais hablando siempre...

GER. Qué hay?

BAR. Buenas noticias!

GER. Te explicarás?

BAR. Voy allá! Como yo estaba entre Pedro y Benito, como burro entre dos piensos, fui á ver á Juan el mayoral, el cual me lo ha contado todo; ¿estais ahora contento?

GER. Si no me has dicho mas que simplezas!

BAR. Pues bien, ha llegado con su ama.

GER. De veras?

BAR. De veras.

GER. Con la señora de Simiane?

BAR. Con la señora de Similane. *(se dirige al fondo.)*

GER. Dios mio! Voy á verla! Es posible! Si no me atrevo á creerlo! Yo estoy soñando! Bárbara! Bárbara!

BAR. Señor!

GER. Muérdeme! *(presentándola la mano.)*

BAR. Cómo!

GER. Muérdeme, ó te rompo la crisma!

BAR. Allá voy, señor amo! *(le muerde en la mano.)*

GER. *(gritando.)* Ay! Ay! Canario! Decididamente estoy despierto; gracias, Bárbara!

BAR. No hay de qué.

GER. Voy al sombrero; dame la granja...

BAR. La granja!

GER. *(gritando.)* Mi sombrero, estúpida! dame la granja... voy al sombrero...

BAR. El demonio que os entienda. Y para qué queréis el sombrero?

GER. Para ir á buscarla.

BAR. Si vá á venir aquí?

GER. Aquí!

BAR. Ya lo creo; como hoy es Domingo, y hay baile en la plaza, ha querido tomar parte en la fiesta.

GER. *(andando de arriba á bajo.)* No, no, yo voy primero... decias que solo viene por verme!

BAR. No tendreis que andar mucho; ya está aquí.

GER. (Dios mio! Me tiembla el cuerpo como un azogado.) Bárbara, sosténme, que me caigo.

ESCENA IV.

Dichos, Rosa con un traje elegante, y aldeanos, foro derecha.

ALDEANOS. Que viva la señorita Rosa! *(Rosa habla con ellos ap.)*

GER. (Caramba si está bonita! Quién había de conocerla!)

ROSA. Gracias, amigos míos; soy con vosotros al momento. *(vase los aldeanos.)* (No sé de qué proviene esta emoción.)

GER. *(abrazándola.)* Rosa, querida Rosa, al fin te vuelvo á ver!

ROSA. Poco á poco; ¿qué osadía es esta, caballero?

GER. *(turbado.)* Caballero!... Ah! ya caigo; eres una muchacha honrada, y nada quieres permitirme antes de la boda; pero estando Bárbara delante...

ROSA. La boda! No comprendo; ¿de qué boda queréis hablar?

GER. Toma! A fé que no será de la del vecino, sino de la nuestra, querida Rosita! *(quiere abrazarla.)*

ROSA. Al fin hareis que me enfade!

BAR. (Vaya una dengosa!)

GER. Pero qué es lo que te pasa?

ROSA. Nada, señor Gervasio.

GER. Señor Gervasio! *(Bárbara pasa á la izquierda, mirando siempre á Rosa.)*

ROSA. Pueden darse muy bien las manos, sin permitirse cierto género de libertades; esto es de muy mal tono; amigo mio.

GER. De mal tono? No entiendo. Vamos, tú me has tomado por otro, estoy seguro... Yo soy tu amigo, tu prometido, Gervasio el chiquitín; mirame, no me ves?

ROSA. Seria preciso estar ciega; pero dejad de tutearme. Esto no se hace si no cuando... y al fin, una señorita de circunstancias como yo...

GER. Que no te tutee? Vamos, esto lo haces para probarme; has querido reírte un rato, no es verdad? Pues bien, ya he comprendido la broma, y me río tambien. *(se ríe.)* Pero ahora vá de veras, y voy á darte un abrazo...

ROSA. No me comprometais, caballero! Qué libertad es esa? Jesús, qué vergüenza!

GER. Te avergüenzas de mí!

BAR. Sabeis que vuestra novín es muy descontentadiza?

ROSA. Lo veis? Me habeis espuesto á las burlas de esa palurda! Esto solo me faltaba!..

BAR. Y me llama palurda! Ella, la muy... *(Gervasio la detiene.)*

GER. (Cuánto ha cambiado!) Rosa! Rosita? *(dirigiéndose á Rosa y dándole golpes á la espalda, como quien llama á una puerta.)*

ROSA. Vamos, estais loco!

GER. Dices que estoy...

BAR. Sin duda alguna; si la casualidad nos reunió cuando éramos niños, el tiempo y la razon nos han cambiado.

GER. Dios mio! Es posible? Dormiré todavia? Bárbara, muérdeme! No... no... me muerdes muy fuerte! Lárgate! La estorbarás sin duda.

BAR. Creo que la estorbamos los dos. No es verdad, señorita? *(vase.)*

ESCENA V.

ROSA, GERVASIO.

GER. Rosa... Señorita Rosa, tengo que hablaros.

ROSA. Como gustéis; pero sed breve, porque me aguardan en la plaza.

GER. Qué os he hecho yo?

ROSA. Nada por cierto; pero vuestra conducta, vuestros modales tan groseros... en fin, no hablemos mas; las costumbres no pueden cambiarse.

GER. Es verdad, ya lo veo; pero olvidar tan pronto vuestras promesas y nuestros planes de felicidad!

ROSA. Nuestros planes! Cómo, pensais todavia en aquellas niñadas?

GER. Si, nuestros planes, los cuales me han hecho bajar como un negro, por espacio de tres años; llamais á esto locura? Por vida de!..

ROSA. Todavía? No podéis hablar, sin pronunciar una palabra mal sonante!

GER. Y cómo no, cuando uno oye ciertas cosas! Cuando yo he reunido para vos todo cuanto tengo! Porque os amaba con todo mi corazón.

Rosa. (Pobrecillo!)

GER. Y si he sufrido tanto, por quién ha sido si no por vos? Para quién era esta casa? Para quién todo lo que hay en ella?

Rosa. Segun veo, vuestros negocios han prosperado? GER. Mirad por aquí... (abriendo una puerta.) mirad por todas partes... trigo, avena, ganado, menage de casa; todo esto era para vos.

Rosa. Todo eso está muy bien, pero...

GER. Pero qué?

Rosa. La falta de costumbre!.. Yo era una niña entonces; despues he visto el mundo, y al lado de mi señora, ya comprendéis que mis ideas han cambiado; me agradan los jóvenes elegantes, de talle esbello, de voz tierna, y pálido color; aquellos que iban al baile de la Camelia. En una palabra, he cambiado de gusto en todo y por todo!

GER. Lo que habeis cambiado es el corazón! Conque ya no me amáis?

Rosa. Por qué no? (movimiento de Gervasio.) Como un buen amigo.

GER. Pero señor, ¿he perdido algo desde entonces acá? Me falta alguna cosa?

Rosa. Pobre Gervasio! Miraos bien.

GER. (mirándose.) Bien, y qué!

Rosa. Qué tal os pareceis?

GER. Divinamente; el pie, la mano y el cuerpo parecen los de un lechuguino.

Rosa. Si no fueran tan grandes! Y luego, esas manos tan gruesas...

GER. No han podido adelgazarse en el tiempo que han estado trabajando para proporcionaros un bienestar.

Rosa. No diré que no; pero ese traje, ese cuerpo... Y luego, habláis tan groseramente!... En una palabra, no podemos entendernos.

GER. Ya no puedo mas! Pues bien, si, soy un campesino, cuyo dedo meñique vale mas, que todos esos señoritos de vuestro Madrid; que tienen mas pomada en la cabeza, que buena fé en el corazón!

Rosa. Se incomoda el caballero?

GER. Pues digo que la señora...

Rosa. Ya os calmareis, porque eso es de mal tono. (haciendo una reverencia.) Adios, caballero.

GER. Adios, señora improvisada!

ESCENA VI.

GERVASIO solo, yendo y viniendo por el teatro, haciendo una gran pausa.

Me alegro! Me alegro! Y me alegro! Vaya una acogida! (dando golpes sobre la mesa.) Voto á!.. (sentándose en el borde de la mesa y dándose golpes en la cara.) Toma, Gervasio, toma por animal! Deserismate, trabaja como un perro de día y de noche; mira el pago que te dan... (levantándose.) Con que mis trages son raros? No que llevaremos esos adhesivos que tú llevas, que parecen un globo aromático! Que es ordinario mi lenguaje! Pienasa que no sé hablar bien cuando quiero? Puesto que va al baile, yo tambien iré; vamos á ponernos el vestido de gala; cuando me vea tan majo, puede que venga á buscarme; pero ni por esas.

ESCENA VII.

BARBARA y GERVASIO.

BAR. (foro derecha.) Calla! se ha marchado la señorita Rosa?

GER. La señorita Rosa es una monigota, y tú tambien.

BAR. Yo?

GER. No, tienes razon; tú eres una buena muchacha, incapaz de hacer una cosa semejante! Casi me dan ganas de abrazarte!

BAR. (riendo.) Ay! qué gusto!

GER. Pero me contengo, porque no eres mas que una criada! Si fueras mas bonita! (yendo hácia el foro.)

BAR. Vaya!

GER. (bajando.) Es decir, fea no eres, pero... no eres bonita. (vuelve á subir.)

BAR. Vaya!

GER. (bajando.) Entendámonos; eres bonita. Pero eres criada. (rase por la segunda puerta derecha dejando la abierta.)

ESCENA VIII.

BARBARA, y á poco ROSA, con una coja de carton con vestidos.

BAR. Habráse visto? Y tener que servir á un hombre como este! En casa de la señora de Similane, de donde vengo ahora, es otra cosa! Y qué casa! Es una bendición de Dios! Qué lujo! Nunca se trabaja! Todo el tiempo en Madrid. Y pensar que... pues á fé á fé, que no valgo menos que esa monigota.

Rosa. (foro derecha.) (Vamos; al fin y al cabo yo he sido la primera que le ha tratado mal.)

BAR. (En mentando al ruin de Roma...)

Rosa. (Una cuantas palabras bastarán á reconciliarnos y quedaremos como buenos amigos.) Está Gervasio?

BAR. No señora; ha entrado por allí, hecho un perro rabioso.

Rosa. Ah!

BAR. Y vos teneis la culpa!

Rosa. Es verdad, debe estar resentido; le he tratado con un poco de dureza, pero era preciso que renunciára á sus pretensiones.

GER. (dentro.) Bárbara!

BAR. Señor amo!

GER. Tráeme un espejo.

BAR. Un espejo! No tenemos ninguno! Yo me miro en una cazuela de agua.

Rosa. De veras?

GER. (id.) Y salvado para las manos.

BAR. Salvado!

GER. (id.) Y pomada, mucha pomada.

BAR. Yo no sé qué dice. Le llevaré el candil de la cocina. Ah! ya sale!

ESCENA IX.

Dichos y GERVASIO, vestido ridiculamente, por la puerta segunda derecha.

GER. Ahora veremos si estoy elegante ó no.

Rosa. (Dios mio, qué figura!)

GER. (á Bárbara.) Qué es esto! No se obedece lo que yo mando?

BAR. Estais horrorosamente guapo, señor amo!

GER. Me parece, que bien podias decir caballero!

Rosa. A dónde vais, Gervasio?

GER. Ola! sois vos, señorita! (haciendo cortesias y movimientos ridiculos.)

Rosa. Venia... porque... hace poco... (pudiendo apenas contener la risa.)

GER. Y qué tal, vá bien?.. Me alegro! Yo sigo sin novedad; tengo el honor... sentaos si gustais; sin cumplimientos! (la presenta una silla, y cuando Rosa la vá á tomar, se sienta él en ella.)

Rosa. (Magnífico!)

BAR. Dónde habeis comprado esas albardas? Yo nunca las he visto...

GER. Calla, bestia; no se llaman albardas, eso lo dicen únicamente los gansos como tú!

ROSA. (Qué figura!) Señor Gervasio, os agradezco el sacrificio que hacéis por agradarme, pero...

GER. (paseando.) Yo? No por cierto, señorita, no ha sido por vos, ciertamente. Si antes me habeis visto mal vestido, era porque estaba en traje de casa, pero á estas horas, siempre me pongo, y voy á dar un paseo por las heras.

ROSA. (Es una verdadera caricatura!)

GER. Bárbara, arrégname el lazo de la corbata! Qué maneras tienes tan groseras! Pero es natural, cuando uno no tiene costumbre...

BAR. De qué, señor amo?

GER. De nada! Pero mirate, moger, mirate... esos pies tan grandes, esas manos tan negras, en fin, siempre parecerás una lugareña!

BAR. Miste con lo que sale ahora! Como si fuese algun señorito de Madrid!

GER. Calla, necia! Te prohibo usar franquezas con tu amo! A fragar! Urrio!

BAR. (Ya me va cargando!)

GER. (sintiéndose á la derecha.) Arrégname la corbata!

BAR. Si no se puede! Está tan apretá! Os vais á ahogar! Estais tan negro como un gajo!

GER. Eso es mas elegante! Ya está. (se levanta, y pasa por delante de Rosa.) Es una corbata que me ha costado en el Rastro de Madrid cuarenta cuartos.

ROSA. Ya se conoce!

GER. Y he comprado otras cuatro por nueve reales! Pues señor, voy á dar una vuelta por el café! A divertirme, á loquear un poco! Besos las manos, señora Rosa. No os molesteis por mí!

ROSA. Pero Gervasio...

GER. Muchas cosas en Madrid! Yo iré por allá uno de estos dias, á ver si encuentro alguna muger que tenga corazón...

ROSA. Que tenga corazón!

GER. Quiero divertirme, divertirme mucho... esto es de buen tono! (vase por el fondo, abriendo su paraguas.)

ESCENA X.

BARBARA y ROSA.

BAR. Se balancea como un álamo blanco! Calla! Y los chicos del pueblo le tiran de los faldones, y se burlan de él! Qué cosa mas rara es un patan, metió á señor! No es verdad, señorita?

ROSA. Lo mismo que una lugareña, cuando pretende hacerse señora.

BAR. (riendo.) No me atrevia á decir tanto; qué hombre! En mi vida he visto otro mas tosto!

ROSA. Gervasio!

BAR. Si señora! Es un ganso en figura natural, como nosotras. El invierno pasado hubo una avenida de agua; todo el pueblo quedó sumergido; pues bien; querreis creer que tubo valor de pasar un dia y una noche metido en el agua, hasta la cintura, salvando gente, á riesgo de ahogarse? Como si á él le importara alguna cosa! Esto es una gansada, no es cierto?

ROSA. Eso prueba buen corazón!

BAR. Y cogió una tres, que le duró lo menos tres semanas! No sabeis cómo se le ha curado?

ROSA. No.

BAR. En el incendio de la casa del tio Polainas, se arrojó en medio del fuego, para salvar dos niños que estaban en una cuna, y despues los muebles, el ganado, y un sé cuantas cosas mas; allí sudó tanto, que se puso completamente bueno. Y todo por meterse en ca-

mis de once varas! Es preciso ser muy bestia para dejarse quemar por otros.

ROSA. (levantándose.) Eso decís?

BAR. Ya lo creo! Y si al cabo el tio Polainas fuese su amigo... pero cá, si nunca le ha hecho mas que daño!

ROSA. Quiere decir, que Gervasio se lo pagó con hacerle bien? Ahora será su amigo.

BAR. Verdad es; al menos eso se encuentra. Pero si es capaz de dejarse mator por socorrer á otros! Mirad que es manía! Hablando de vos, por ejemplo, le decía yo muchas veces, durante la inundacion: «Cuidado, señor amo, que vais á coger una pulmonía! No importá, me gritaba; el dia que venga Rosa, la daré un abrazo, y se me curará. Anda! líate en abrazos! Ya veis si es tosto!

ROSA. Pobre Gervasio, qué buen corazón!

BAR. Os compadeceis de él? Pues yo no! Cuando uno es tan necio, no merece compasion!

ROSA. Callad!

BAR. Lo dicho! Siempre está ensartando unas necedades! Si yo pudiese ir á Madrid para hacer fortuna, no habia de estarle sufriendo...

ROSA. Y yo quisiera abandonarle; estoy cansada de servir. Durante mi estancia en Madrid, me he burlado de Gervasio, en lo cual no he sido menos ridicula que él; pero me pesa haberle olvidado, y quiero volver al redil, como vulgarmente se dice.

BAR. Abandonais á vue tra ama?

ROSA. Estoy decidida.

BAR. Ay! señorita! Si quisierais hacerme el favor...

ROSA. De recomendaros á ella? Con mucho gusto. Queréis que os dé una carta?

BAR. Escrita?

ROSA. Nada mas fácil. (se pone á escribir.)

BAR. Voy á ser doncella? Pero querrá admitir á una lugareña?

ROSA. (escribiendo.) Yo tambien lo era cuando entré en su casa.

BAR. Ay! qué gusto! (gritando desde el foro.) Buenas noches, Benito; buenas noches, Pedro! Dormid bien, y yo tambien. (bajando.) Haced las letras mas gordas, para que se lean mejor. Pero ahora que me acuerdo, no puedo presentarme con este vestido; si fuerais tan buena que quisierais prestarme uno?

ROSA. (que ha cerrado la carta.) Uno mio? Con mucho gusto. Tomad ese si queréis? (señalando á una caja de carton.)

BAR. Pero es que...

ROSA. Y vos en cambio, prestadme uno de los vuestros.

BAR. Voy á buscar el mas bonito... el de percal, que tiene árboles y flores; ya vereis, ya vereis! (entra por la puerta segunda de la derecha.)

ROSA. Me siento tan feliz al pensar voy á despojarme de estos vestidos, que me han hecho tan orgullosa! Se me figura que el corazón respira con mas libertad!

BAR. (volviendo con un vestido de peral doblado.) Aquí teneis mis mejores galas; el vestido de los dias de fiesta.

ROSA. Magnifico!

BAR. Si, es muy bonito, pero no hace ruido como el vuestro de seda! Aquel si que vale! Voy á ponermele, y en seguida cojo la carta y... qué contenta estoy! (se va por la puerta segunda izquierda.)

ESCENA XI.

ROSA sola; se pone el vestido sobre los que trae, que será una bata, un delantal y un pañuelo de percal como los que usan en los lugares. Durante esta escena ha ido anocheciendo gradualmente, de modo que esté oscuro á la salida de Gervasio.

ROSA. Pobre muchacha! Se vá á volver loca con su traje! No lo he sido yo menos; pero ya estoy arrepentida! No mas Madrid! No mas esclavitud! Aquí vivirá en mi pequeña casa, feliz y tranquila. Pobre Gervasio! He sido con él harto cruel; y me le pediré perdon, y será su buena amiga; le cuidaré, miraré por su casa, y llevaré sus cuentas... (yendo á la mesa.) Jesús qué desordenado está esto! Todo fuera de su sitio; cuánto polvo! (limpiando la mesa con un paño.) Todo lleno de arañas... (limpiándolas.)

BAR. (saliendo con el vestido sin abrochar.) Quereis abrocharme estos corchetes?

ROSA. Con mucho gusto. (lo hace.)

BAR. Ay! que me ahoga!

ROSA. Aguanta la respiracion.

BAR. Y si me muero?

ROSA. No tengais cuidado.

BAR. Malditas invenciones! Cuánto cuesta el ser señora! Hasta despues! (vase.)

ESCENA XII.

ROSA, y á poco GERVASIO, con los vestidos en desórden.

ROSA. Gracias á Dios! Ahora respiro mas libremente, y parece que me han quitado diez años de encima. Qué ruido! Qué voces son esas? (silvios y gritos dentro.)

GER. (foro derecha.) Brutos! Palurdos! Todos sois unos canallas! Lugareños al fin! (se queda apoyado en la puerta y siguen dentro las risas y los silvios.)

ROSA. (Es Gervasio... Y en qué estado, Dios mio!)

GER. Y os estrangulatia á todos, si no hubiese bebido un poco! (baja á la escena, dandotraspies.)

ROSA. (Se ha peleado con ellos!) (se sienta en una silla que Rosa há puesto á la derecha de la mesa.)

GER. Quién anda ahí? Eres tú, Bárbara?

ROSA. (Cree que soy...)

GER. (levantándose.) Acércate!

ROSA. (No puedo dejarle en ese estado.) Qué teneis, señor Gervasio? (fingiendo la voz.)

GER. Me han dado de trompazos esos bribones!

ROSA. Es posible?

GER. Y han hecho bien! Eso me enseñará á no meterme... Tengo una pena!

ROSA. Y de qué?

GER. De lo que no te importa. Calla; y trae me la chaqueta.

ROSA. La chaqueta! (la busca á tientas por todas partes.)

GER. No lo oyes?

ROSA. Aquí está. (tomándola de encima de una silla.)

GER. Quitame estos aparejos... y guárdalos; guárdalos, te digo!

ROSA. (colocándolos donde estaba la otra ropa.) Ya están.

GER. Bien; quiero que todo el mundo ande derecho! Dame una silla!

ROSA. Vedla aqui. (tomando la que está junto á la mesa.)

GER. (sentándose.) La has limpiado?

ROSA. Hace poco estube...

GER. Poca conversacion! Dame mi pipa.

ROSA. Vuestra pipa?

GER. Y llena de tabaco, pronto! (Rosa toma la pipa y

la llena de tabaco) Antes sopla por arriba... Bien... ahora llénala...

ROSA. Ya está.

GER. Enciéndela! (Quiero que todo el mundo ande derecho!)

ROSA. (enciende la pipa en la chimenea, con un papel que hay allí.) Ya está.

GER. (tomando la pipa.) Qué tienes?

ROSA. Nada!

GER. Nunca me has servido tan bien; has ruto alguna cosa?... Por qué suspiras?

ROSA. Os vevo tan triste...

GER. Y á ti, qué te importa.

ROSA. (suplicando.) Señor Gervasio!...

GER. Tienes razon, no tengo motivo para maltratarte... pero tengo aqui... (señalando al pecho.)

ROSA. (colocándose á su derecha.) Sufris?

GER. La amaba tanto, y ella me ha tratado tan mal!

ROSA. Perdonadla!

GER. Ni un abrazo siquiera! Cuando durante tres años he estado trabajando sin descanso, para... Ah! la quiero como un loco! Y hubiéramos sido tan felices...

ROSA. Cuando se fue á Madrid, me juró que á su vuelta nos casaríamos... y despues, buenas noches! Ah! Dios mio,

Dios mio! (llora, apoyando los codos sobre la mesa.)

ROSA. (Cuánto me ama!) (llorando tambien.) Vamos, señor Gervasio...

GER. A qué vienen esos gimoteos? Te importa acaso?...

ROSA. No; pero si pudierais olvidar...

GER. Olvidar... olvidar!... eso se dice muy bien... Pero tienes razon! No vuelvo á pensar en ella! Quiero reirme y estar contento, muy contento! (llorando.) Tomarse tanta pena por una ingrata! Tanto peor para ella! Todo lo que tengo me lo comere, me lo beberé yo solo. Ven á beber conmigo.

ROSA. Yo?

GER. (acercándose á ella.) Hoy me gustas mas que nunca; tú no me dirás que estoy mal vestido, que soy un patán...

ROSA. No lo soy yo tambien?

GER. No me dirás que tengo los pies grandes, las manos toscas; tú las tienes tambien!... (tomándola la mano.)

Calla! pues no lo son tanto como yo pensaba!... Oye, Bárbara!

ROSA. Señor?

GER. Quieres que te dé un abrazo?...

ROSA. Si eso puede consolaros...

GER. Se me figura que sí! (abrazándola.) Qué lalle tan delicado tienes!

ROSA. De veras?

GER. Me permites que te abrace otra vez?

ROSA. (pasando á la izquierda.) Ya basta!

GER. No, no basta; te estaria abrazando durante siete años, sin comer ni beber!

ROSA. Si, mas ya comprendeis...

GER. Voto vá! No sé lo que me pasa! Escucha, Bárbara; quieres casarte conmigo?

ROSA. Con una criada?

GER. Y eso, qué importa? Tú me ayudarás á olvidar esa ingrata... Y ahora, como prenda de cariño, dame un abrazo!... (corriendo tras ella.)

ROSA. (Mejor será marcharme, porque sino esto se vá poniendo serio.) (se oculta en el cuarto de la izquierda.)

GER. Dónde te has metido, muchacha? Bárbara! Bárbara! (gritando.)

ESCENA XIII.

GERVASIO y BARBARA con una linterna encendida, que coloca en una silla, al lado de la chimenea.

BAR. Quién me llama?

GER. (sin mirar á Bárbara.) Por qué has encendido luz? Ven aquí.

BAR. Qué queréis?

GER. (viéndola con el traje de Rosa.) Qué vestido es ese?

BAR. Un vestido que me han traído de Madrid.

GER. Me alegro! Con eso servirá... No quieres que te abrace otra vez?

BAR. Otra vez?...

GER. Pues no te he abrazado hace poco?

BAR. A mí! Sin duda ha bebido usted en la taberna!

GER. Desvergonzada! Si cojo una vara, yo te diré.... Conque no te he abrazado enante?

BAR. Es mentira!

GER. Mentira! Vuélvelo á decir, y...

BAR. Ya se vé que lo diré; sois un embustero... un hablador... un atrevido...

GER. Bárbara! mira que los palos no se han hecho tan solo para sacudir las aceitunas! (se dirige al fondo á coger una vara, y Bárbara se vá por la derecha.)

ESCENA ULTIMA.

ROSA, por la izquierda; GERVASIO, y luego BARBARA.

ROSA. Qué voces son estas? (sale con el vestido de Bárbara.)

GER. Ah! sois vos, señorita?

ROSA. Señorita? Por qué no me tuteas?

GER. Yo?

ROSA. No me has tuteado antes?

GER. Cuando?

ROSA. Hace un momento.

GER. Dónde?

ROSA. Aquí, cuando venías...

GER. Calamocano! Entonces, la que aquí estaba tan amable, era...

ROSA. Era yo.

GER. Tú! Canario! Qué bruto soy! Si estaré durmiendo

todavía! Bárbara! (gritando.) muérdeme! (sale Bárbara.) No no; (mirando á las dos.) Tonto de mí! Ya lo comprendo todo! Habiais cambiado de vestido con ese gagnápiro de Bárbara?

BAR. Cómo se entiende?

GER. (riéndose.) Ja! ja! ja! Parece un monosalio! Me amas todavía, querida Rosa?

ROSA. Siempre.

GER. Pero esta mañana...

ROSA. Es un recuerdo, que quisiera olvidar.

GER. Y yo, que creyéndote Bárbara, queria casarme con ella!

BAR. No faltaba mas! Hay mucha distancia entre los dos! Mañana me voy á Madrid, de primera ayudanta de la cocinera con la Señora Similane!

GER. (tomando la mano de Rosa.) Y yo á casa del cura, para que se corran las amonestaciones; al momento nos casamos, y dentro de un año... (Rosa poniéndole la mano en la boca.)

ROSA. Calla, tonto!

GER. Mas si me tapas la boca entonces hablar no puedo, y sin decir no me quedo que al fin...

ROSA. Eso á mi me toca;

á deciros me proboca que es costumbre inveterada demandar... estoy turbada... vamos, no sigo adelante; buscad pues el consonante, dándonos una.....

. FIN.

MADRID, 1858.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm. 13.

